

UNA SOMBRA EN LOS OJOS DE MI ABUELA

Autora: *MAR-MAR*

En esta historia contaré algunos recuerdos que tengo de mi abuela “Chacha”, una inmigrante española, proveniente de Lorca, provincia de Murcia. Llegó a la Argentina allá por mil novecientos veinte... y tantos (no recuerdo el año exacto). Vino en un barco, no en primera clase, sino en la bodega, con dos niños pequeños (mi tío Paco y mi tía Nena) y embarazada de mi tío Vicente. Junto con ella viajaba su esposo (mi abuelo José) y el Papá de éste.

La Chacha, una mujer pequeña de tamaño, pero de un gran corazón, trabajadora y pujante, llevó adelante, en un ambiente de pobreza, pero con mucho amor, una familia conformada por 7 hijos, los que aprendieron a trabajar desde pequeños, para poder acercar el pan de cada día.

Tengo la imagen de La Chacha sentada en su silla baja, en la puerta de su dormitorio, remendando medias o cualquier ropa que necesitara arreglo. Cuando miraba sus ojos, siempre me llamaba la atención que éstos presentaban “una sombra”.

Me llevó muchos años poder interpretar esa característica tan particular que presentaban los ojos de mi abuela. Entonces, por esas casualidades de la vida, leo el significado de una palabra utilizada en muchas oportunidades, cuando recordamos algo del pasado: NOSTALGIA, habla del “*sentimiento de pena por la lejanía, la ausencia, la privación o la pérdida de alguien o algo queridos.*”

Creo que al fin, puedo descifrar que esa sombra, era la *nostalgia* siempre presente en la Chacha, nostalgia por la familia y los recuerdos de su tierra natal, a la que nunca pudo volver, que se encontraban del “otro lado del charco”, como ella decía.

Esa sombra estaba presente, cuando hablaba de la Rambla de los Canales de Tercia, Lorca, de su humilde casa, donde vivía con sus padres y con su hermana Juana; cuando

relataba las procesiones de la Semana Santa, y describía la huerta de Lorca, entre otros sitios. Se oscurecía.... cuando recordaba a su hermano que fue a la guerra y nunca regresó.

Pero los ojos de mi abuela, con su pelo tirante y su rodete blanco, pulcra, con su ropa limpia, registraban algunos cambios, se impregnaban de colores oro, similares a los hilos del manto de la Virgen de las Huertas con el niño en su regazo, cuando rezaba el Ave María. Se bañaban también de destellos multicolores, cuando mostraba el mantón de manila atesorado en su ropero con olor a naftalina.

Recuerdo una niñez y adolescencia con infinitas reuniones familiares, realizadas en torno a la Chacha, donde la sombra se transformaba en chispitas de alegría cuando bailaba la jota, haciendo sonar como nadie las castañuelas. Otras, en donde los aromas y sabores de la gastronomía murciana estaban presentes. Y otra vez la sombra....., cuando hacía las migas, contándonos que ésa, era una comida de “la guerra”, porque se hacía con muy poco y con sobras de otras preparaciones.

En los preparativos de la tradicional paella de los Viernes Santo, aparecían cosas curiosas en sus ojos, mirada enérgica, cuando daba las instrucciones para su realización, otra vez las chispitas de alegría cuando los caracoles se escapaban por la galería y cuando llegaba su numerosa familia conformada por hijos, nietos y algún otro amigo.

Cuando la Chacha horneaba el pan, utilizaba el rescoldo para hacer batatas asadas, una hermosa excusa con la finalidad de reunir a sus nietos. En sus ojos aparecieran estrellas luminosas de alegría, por los mimos brindados con tan simple y rico manjar.

Quedarán por siempre grabados en mi memoria los momentos vividos con mi abuela; aquella que pudo, a pesar de la tristeza del desarraigo, el miedo de vivir en tierras tan alejadas a la suya, construir una familia y dejar el legado con sangre murciana.

Vivencias, sentimientos y emociones guardados en el corazón y en un puñado de fotos desgastadas, atesoradas en una caja que encontré en el placard de mi mamá. Mi querida mamá, ya no está físicamente, pero fue en vida la gran embajadora de la Chacha, recordando a su madre con las flores que llevaba todas las semanas a “Nuestra Señora Real de las Huertas”, entronizada en una urna, en la Iglesia San Fermín de su barrio en Córdoba.

Nunca he estado en la tierra de mi abuela, guardo la ilusión de ir a conocer esos lugares recreados por su voz y las voces de mi madre y mis tíos, que tuvieron la dicha de poder visitarlos. Caminar, escuchar sonidos de música típica, disfrutar de los olores, colores y sabores, para poder transformar en mi memoria al fin, esa sombra de sus ojos en luz infinita.....